

Entre el socialismo y el pacifismo, o la recuperación crítica del presente: el caso de E. P. Thompson

Ramón Rodríguez Aguilera



La doble dimensión de toda crítica

Anda en estos días recomponiéndose espacial y estructuralmente el capitalismo, en contra de los pronósticos críticos de Marx y Schumpeter —acerca de su autodestrucción y de su autotransformación, respectivamente—, y sin mantenerse ya tampoco dentro del modelo de capitalismo racionalizado elaborado por Keynes, los tres analistas geniales y sucesivos de este sistema económico. El capitalismo actual está sobreviviendo a una alteración esencial de su base sociológica prototípica, la burguesía y del proletariado, y a una transformación corporativa el pacto social estatalmente coordinado, revelándose de esta manera una mayor integración del sistema social en el que se encuentra, y una mayor complejidad del proceso histórico en el que transcurre, de la que antes se pensaba.

Algunos de los críticos actuales de las sociedades capitalistas —sólo existen, en rigor, sociedades capitalistas concretas— comienzan a fijar la atención más allá, o más acá, del ámbito de la organización social de las relaciones de producción y de distribución de las mercancías; lo cuestionan desde la relación de los individuos de la especie humana con el medio natural al que controlan, de donde se extraen los recursos y adonde van a parar los residuos. La preservación del medio —afirman— constituye un “interés común primordial”, porque de él depende el entero sistema social.

Pero sabemos hace tiempo que la relación del ser humano con la naturaleza no se agota exclusivamente en la relación externa de éste con la materia u objeto de su trabajo, sino que es también una relación originaria y constitutiva de las interacciones sociales internas y de la relación metabólica, expresiva, representacional y comunicativa del propio cuerpo espiritualizado y socializado de los individuos de la especie humana en las distintas sociedades humanas.

En consecuencia, solamente desde la mediación de las relaciones naturales, externas e internas, con las relaciones sociales de los hombres entre sí se puede concebir una crítica radical y coherente del despilfarro y de la destrucción ambiental de la sociedad industrial, pero también de la explotación del trabajo y de la coacción política clasista, persistentes todavía en un grado no

table tanto en la democracia capitalista cuanto en el socialismo real. Los "intereses comunes" han de ser, pues, identificados, jerarquizados y acordados, a través del proceloso esfuerzo de la convivencia conflictiva.

De esta manera se reemprende en nuestros días y se profundiza descendiendo a un punto de vista eco-naturalista, la crítica de un sistema productivo y de una organización social contrarios a la creatividad del individuo, represivos e incapaces de procurar la felicidad humana; crítica general abierta ya en los años anteriores a la presente crisis; a partir de Nietzsche y, sobre todo, desde la época de la escuela de Frankfurt; y que sigue atesorando el empuje por una nueva racionalidad económica compatible con la finitud y la fragilidad del medio y por un orden social nuevo animado con una interioridad cultural favorecedora de una vida auténtica.

Crítica significa, pues, aquí lo que ha venido significando desde la Ilustración, pero curados ya de aquella parcialidad e ingenuidad racionalista y cientifista, dominante en la cultura occidental desde el siglo XVIII y XIX: voluntad de cambio entresacada de, y en relación con, la realidad y sus posibilidades. En palabras de Thompson, dicha crítica no puede significar otra cosa que "realismo moral". Equilibrio éste difícil entre el conocimiento y la voluntad, que puede perderse del lado de la simplificación conceptual y de la imaginación estéril o del lado del moralismo inoperante y de la estrategia alicorta.

En este sentido, la aportación teórico-práctica de Thompson constituye una buena expresión de las dificultades en la que está surgiendo una nueva cultura política, desgajada ya de la izquierda tradicional, de inspiración marxista y nucleada en torno al mundo del trabajo. Sugiero interpretar, genealógicamente, dicha aportación como un intento por completar, en alguna proporción, la crítica marxista de la sociedad capitalista con una nueva crítica ética y cultural, que no se desprende de la "crítica de la economía política", ni se centra en las relaciones sociales internas de producción, sino que se enmarca, implícitamente, en nuestros días en un proyecto más amplio de "renaturalización" epistemológica de las ciencias sociales y de supresión de la "artificiosidad" —según la expresión última de M. Sacristán¹— de nuestra civilización dominadora y vacía.

Aunque también podría verse dicha aportación, retrospectivamente, como una vinculación de tanteo entre un socialismo renovado apenas entrevisto y un nuevo pacifismo de "conciencia global" y base histórica; o, más reductivamente,

si se prefiere, como socialismo humanista o como populismo pacifista radical-democrático. Todos estos acercamientos a la obra de Thompson son pertinentes. Pero su inicial crítica cultural al capitalismo industrial y su pacifismo radical último contienen además una filosofía del presente: la posibilidad y la necesidad de su recuperación, contra las sombras encubridoras de las ideologías heredadas.

Personalmente creo que, sin contraponer de manera esencialista el "capitalismo" al "socialismo", la tarea histórica del presente se puede identificar a través de la evolución democrática —posible pero no necesaria, en sentido teleológico— desde los mejores resultados hasta ahora conseguidos de una mentalidad utilitarista y progresista, que gira en torno a la extensión social de la satisfacción de las necesidades materiales, de los derechos fundamentales crecientes, pero bastante insensible a las necesidades espirituales y muy tacaña, a una mentalidad todavía muy débil, revalorizadora de las necesidades espirituales, en la que el altruismo dejase de verse como privación material, porque constituiría ya una íntima solitización de los individuos, satisfechos en sus necesidades primarias.

Este proceso si se abre paso —o en la medida en que lo haga— lo hará a partir de la actual dinámica histórica, todavía fuertemente conflictiva, desde el punto de vista de la riqueza, del poder y de las ideologías. Y coincido con Thompson en pensar que debemos atenernos a dicha dinámica histórica, contando con la voluntad de las gentes para encontrar soluciones desde una amplia participación democrática, desde la piel de la experiencia cotidiana, y no desde la manipulación tecnocrática.

Pero no abultaría yo demasiado —en contra de una tentación ideologizante en el movimiento social-pacifista, aunque no en Thompson, que no carece de humor autocrítico— el archivo de la experiencia pasada, porque de lo que se trata es de formar una sensibilidad nueva, ni exaltaría la moral del "pueblo", porque, para decirlo nietzscheanamente, tanto la "moral de los señores" cuanto la "moral de los siervos" es "moral" dispuesta a sepultar a la vida. Y porque constituye un espejismo querer reconstituir una solidaridad de la especie sólo desde la supuesta solidaridad de los oprimidos y marginados y de sus milenarios instintos de vida, ya que en su innegable voluntad de justicia no es difícil vislumbrar, al mismo tiempo, asalmonado reflejo de violencias pasadas y de confusos sentimientos religiosos, que

exigen a su vez un filtro crítico para su universalización.

Sin duda, el propio Thompson asumiría holgadamente estas y otras objeciones. Más aún su concepción expresa del pacifismo internacionalista –socialista bajo el capitalismo, demócrata bajo el socialismo y antiimperialista en el tercer mundo– ya no busca un “sujeto” social privilegiado, no constituye una “cuestión de clase”, sino que apela a la conciencia crítica de aquellos miembros de la especie, capaces de ser leales a sí mismos y no siervos del “Este” o del “Oeste”, se dirige al centro mismo de la cultura y de la civilización contemporánea, y a su sentido de la realidad. Pero su lenguaje se halla empapado de una determinada tradición cargada de sociologismo, y podría retenerlo, por algún tiempo, contra sus posibilidades, injustamente preso en ella.

Este escrito, quizás carezca de plena y detallada fidelidad historiográfica, porque también a mí me ha traicionado la tentación de depositar entre las grietas de los hechos pasados y de las cosas dichas por Thompson mis propias convicciones, a su vez, un reflejo recibido, por afinidad electiva, de sus propias peculiaridades.

La doble dimensión de la obra de Thompson

En principio Thompson ha elegido como objeto de análisis el mismo caso de Marx, Inglaterra, o mejor, la clase obrera inglesa, con sus viejas tradiciones culturales remodeladas y su nuevo reformismo laborista, y junto a ella, una parte de la tradición romántica insatisfecha con el capitalismo industrial y la civilización moderna.

De ahí ha saltado, siguiendo la lógica de los hechos y el requerimiento de sus convicciones, a la denuncia del armamentismo nuclear y del peligro de “exterminio”, como consecuencia de la “estructura profunda de la Guerra Fría”, sostenida estructuralmente –con independencia de su asimetría de origen y desigual causación– por ambos bloques, y no ya como efecto diferido del capitalismo imperialista y de una mera reacción defensiva del Estado soviético, según el viejo diagnóstico.

Ambos estudios, del pasado y del presente, han sido acometidos con penetración y sentido críti-

co: con una originalidad teórica relativa, desde un saber inicial ya establecido, la historia social, principalmente, renovándola, y sacándola fuera del circuito de los especialistas. Pero, sumergiéndose también activamente, comprometiéndose, en una conciencia histórica ya operante, en alguna medida, de manera organizada (PCGB) o en proceso de organización a partir de la opinión pública (Campaña para el Desarme Nuclear Europeo). Su aportación, agarrada, por así decirlo, al vuelo, con desenfado, no se verá, empero, consumida por la fugacidad del tiempo ni por la mudanza de las circunstancias inmediatas donde se ha gestado². Constituye una clara conciencia universal de presente.

Si hubiéramos de cifrar en un punto la peculiaridad más notable de su concepción histórica, tendríamos que afirmar que ha sabido explicitar en las realidades concretas y de una manera clara –en el interior de las clases dominadas y en las élites dominantes–, cómo se transforman en procesos de acción colectiva, en proyectos sociales e intenciones políticas, pero también en acontecimientos inesperados, las estructuras económicas y sociales, y junto a ellas, las costumbres, las creencias, las necesidades reconocidas y las intenciones. Para citar sus propias palabras: “la historia es un compendio de intenciones humanas que se desvían hacia conclusiones impensadas”³.

¿Cómo se ha hecho él de esta idea tan largamente entrevista y no, por sencilla, menos fundamental en la filosofía contemporánea de la Historia, revalorizadora, como es sabido, de la acción y de la creatividad humana, individual y colectiva, de los procesos colectivos de decisión insertos en las estructuras sociales? La ha reconstruido desde el marxismo y fuera del marxismo, en línea de continuidad y de ruptura con esta tradición, pero compartiendo con ella el ideal último de la superación socialista del capitalismo. Más concretamente, en el campo de la historia social, ha redefinido la noción de “conciencia política popular” y de “perspectiva o conciencia histórica” a partir de, y como una conjunción de, las nociones complementarias de “ideología política”, elaborada críticamente, y de “cultura popular” o “plebeya”, heredada. En ciertas ocasiones –ha puesto de manifiesto–, entre ambos principios de acción –los elementos “inherentes” espontáneos y la absorción de elementos “derivados” nuevos– se tiende un puente desde el pasado hacia el futuro, se mira hacia adelante y no hacia atrás, se postula la reforma o la revolución y no la restauración o la reacción⁴. Esta ha sido,

fácticamente, la lógica de la acción humana en el pasado y está siendo en el presente. A este mecanicismo de la acción enraizada se acoge también el deber ser en el futuro. Como en Machiavelli su concepción histórica y política se han conformado juntas; pero no escribe para el “príncipe”, ni para el “partido”, ni para una “secta ilustrada”, sino para las “gentes”.

Movimiento obrero y cultural popular

En la historiografía británica contemporánea la asimilación del marxismo ha sido tardía y minoritaria, pero muy fértil. En la Historia económica y en la Historia social, las categorías extraídas del materialismo histórico, y no estrictamente de la Economía política, se han aplicado flexiblemente, a la manera de guía heurística, al material empírico rigurosamente observado de la sociedad moderna y contemporánea, reconstruida en su proceso histórico global, según el principio o ideal metodológico compartido con la escuela francesa de *Annales* de la “historia total”.

Thompson, educado en la tradición literario-cultural autóctona y de la poesía romántica, en particular, se ha mostrado desde el principio más atento a los elementos culturales e institucionales de las relaciones sociales que a los factores específicamente económicos –precios, rentas, innovaciones tecnológicas, etc.–; y ha penetrado, ante todo, en las mentalidades colectivas y en los comportamientos grupales a largo plazo. Ha insistido en la dimensión simbólico-cultural y moral de los cambios históricos, y, en particular, en la constitución de las clases sociales, definidas implícitamente en el marxismo ortodoxo como una determinación casi pasiva de las relaciones sociales de producción.

En su heterodoxa afirmación de la tradición marxista, no tardaría mucho tiempo en conocer la pieza, o las piezas, que a ésta le faltan. Y la ha revisado, en viva contrastación con la realidad, en muchas de sus partes, pasando de la mera introducción restauradora de hipótesis auxiliares –sin detenerse en ello, a la manera trotskista– hasta moverse de hecho en un nuevo paradigma, fiel a una libertad interior afirmada creativa y tes-

taduramente contra corriente. Aunque no lo haya realizado de manera aislada, ya que en su generación se ha logrado, desde el punto de vista historiográfico, la síntesis de la historia del movimiento obrero con la historia de la cultura popular, y desde el punto de vista político, se ha afianzado el descubrimiento de una perspectiva de mejoramiento histórico diferente de la socialdemocracia capitalista y del socialismo soviético. Ambos aspectos –una mirada nueva sobre la historia y una nueva concepción del socialismo– han surgido, como veremos, juntos⁵.

La clase y el todo, o la génesis del socialismo renovado

Ya en los días de la Guerra de Corea, y siendo todavía militante comunista en la liberal y conservadora Inglaterra, se vinculó al movimiento para el Desarme Nuclear. En 1956, con ocasión de la intervención soviética en Hungría rompió con el partido comunista, sin tener todavía una conciencia muy clara de la naturaleza del estalinismo. Acababa entonces de publicar su obra: *William Morris: romantic to revolutionary* (1955)⁶, un estudio acerca del fundador de la Liga Socialista. La lucha consciente por una sociedad socialista –se sostenía allí– había surgido en Inglaterra sobre el sustrato romántico de la afirmación utópica, de la insatisfacción vital y no de la nuda necesidad.

Más tarde habría de asociar el dogmatismo marxista-leninista con el positivismo burgués: el economicismo del primero no dejaba lugar para la acción política decidida y el subjetivismo empirista del segundo reducía el concepto de clase a una mera ficción ideológica sin soporte real observable. Ambos impedían la introducción de la pasión y los deseos –más allá de las necesidades insatisfechas– en la acción organizada.

Resaltó como historiador el papel de la conciencia de clase en la constitución activa y no pasiva de la clase obrera inglesa, y sus fuentes diversas de aprendizaje social. Exageró el elemento subjetivo de las masas, los recuerdos históricos, la disidencia religiosa, sus tradiciones, costumbres y creencias y sus enfrentamientos clasistas por la obtención de salarios y precios justos. En 1963 publicó su obra más notable: *The making of de English working class*⁷, que reconstruye el

sentir cultural y político de las clases trabajadoras desde 1780 a 1832. Y con posterioridad (1967-1979)⁸ ahondó en una serie de trabajos en la cultura "plebeya" durante el siglo XVIII preindustrial, en la vida de la "multitud" resistente a las pretensiones hegemónicas de la aristocracia y a la *gentry*, antes incluso de constituirse en clase obrera anticapitalista, pronta para amotinarse no como reacción espasmódica ante la escasez de alimentos, sino en defensa de una concepción cultural y moral, de un modo de vida.

No sólo se cala en estos estudios en la dinámica social y en su animación espiritual inherente, sino que se muestra igualmente sensible a la moderna transformación industrial y mercantil del tiempo histórico, socialmente construido. La globalidad social es aprehendida aquí a través de la interrelación entre sus partes. Pero el esquema último subyacente sigue siendo que la multitud y la clase obrera contienen en sí, en sentido lukacsiano, el depósito mayor de la conciencia histórica, reverberante como conciencia de clase: la sociedad y la historia se contemplan desde abajo y en el largo plazo. No importa ahora decidir si este "populismo" rompe o no, desde el principio, con la concepción marxista y leninista (vanguardista) de la conciencia histórica. Esta, si se quiere, exageración le ha permitido descender a un estrato de la realidad histórica borroso e inaccesible hasta entonces.

Según Thompson la clase obrera inglesa se constituyó antes de que se desarrollase plenamente la industria, conforme se fueron consolidando las nuevas relaciones de producción capitalistas y sobre el sustrato de una interioridad cultural de un modo de vida tradicional que se sintió amenazado. La resistencia anticapitalista se nutría de una experiencia vital precapitalista que quería ser preservada y forcejeaba por corregir la dirección del desarrollo capitalista, que escapaba cada vez más de sus manos. La estrategia de futuro de las masas chocaba con el capitalismo comercial, agrícola e industrial, porque habían vivido hasta entonces según una "economía moral", con un "consenso popular" acerca del precio justo de las cosas y acerca de su justa distribución, que ahora se veía alterado en contra de su voluntad. Las relaciones entre los miembros de los distintos sectores laborales, con necesidades comunes, modos de vida, valores y símbolos compartidos, les aunaban internamente y les distanciaban más y más de los otros grupos sociales distantes y enemigos.

Ahora bien, esta fragmentación y dual confrontación clasista de la sociedad en trance de industrialización —que antes había sido contemplada

como una unidad social básica fragmentada en estamentos, oficios y órdenes, verticalmente integrados— no se deriva conceptualmente, ni se explica —según Thompson— a partir de la teoría del valor-trabajo, ni siquiera de la teoría de la explotación y de las estrictas relaciones sociales de producción. Sólo cabe observarla empíricamente y teorizarla a partir del comportamiento social visible de las relaciones interindividuales y grupales— más allá de los vínculos familiares y vecinales— en la trasmisión de la herencia, en la distribución jerárquica del *status* social, del poder y de la riqueza, y sobre todo, en los proyectos vitales y sociales enfrentados.

He aquí, sintéticamente ejemplificado, cómo se ha llevado a cabo la complementación cultural del "materialismo histórico", respondiendo al "silencio" de Marx —y de algunos marxistas— acerca de las mutaciones internas acaecidas en la "transición del feudalismo al capitalismo", de la tradición a la modernidad. He aquí por qué las tradiciones —en su doble dimensión consciente e interna, comportamental, pero también como mineralizaciones externas, como instituciones u "objetivaciones", para decirlo hegelianamente— constituyen la sustancia inmediata de la elaboración del sentido del futuro. Pues los fines no son nunca derivados de la naturaleza, sino "escogidos por nuestra cultura, la cual nos proporciona, al mismo tiempo, nuestro propio medio de elegir y de influir en esta elección"⁹.

He aquí, pues, por qué una nueva economía moral solidaria, capaz de corregir, si no de sustituir a la racionalidad capitalista, se preanuncia ya a partir de la experiencia de la antigua economía moral. Y más aún: cuando se pone en marcha un proceso social que embiste contra los límites del presente para suprimir sus barreras, una parte hasta entonces reprimida de este pasado rebrota, como ha puesto de manifiesto la investigación comparativa posterior en otras sociedades¹⁰. Si afrontásemos el futuro, por el contrario, cortando con este enraizamiento y nutrición temporal, cotidiano y popular, incurriríamos en un racionalismo elitista, tecnocrático o mesiánico, ajeno al sentido crítico de la Historia. No lograríamos enlazar la conciencia histórica activa con el sentir de sus agentes.

De esta época datan también sus ensayos teóricos y políticos más destacados, recogidos en *The Poverty of Theory and other essays* (1978). En ellos se puede constatar, en primer lugar, cómo esta peculiar caracterización suya de la clase obrera forma parte de una más amplia reconsideración del concepto de historia.

Para Thompson el conocimiento, la inteligibilidad o la explicación de la realidad histórica presupone regularidades objetivas en los procesos sociales a lo largo del tiempo, aunque no propiamente leyes histórico-sociales, ni, por tanto, posibilidad de predicción de los acontecimientos. Tales acontecimientos se hallan determinados por causas necesarias, pero no suficientes, y enlazados serialmente hasta dar lugar a procesos de cierta continuidad. Dichos procesos objetivos incluyen, como materia suya constitutiva, acciones individuales e intencionales y, principalmente, amplios repertorios conductuales de los grupos y de las clases sociales, en particular. Hay que descubrirlos, por ello, a través de los mecanismos de vinculación interna y de identificación de tales grupos, en su dinámica de cohesión interna y de oposición externa, expresada en sus ideas, sus símbolos y en sus comportamientos.

Esta visión social, cultural y política de la historia —después de Marx, de Weber y de Vico, pero también de Dilthey, e incluso, de C. Schmitt y Veblen, a quienes no cita— no nos era del todo desconocida. Su concepto de proceso inteligible y, en particular, de clase social se redefine en confrontación conjunta con los enfoques estructurofuncionalista y marxista ortodoxo, según los que la realidad de la clase depende de la posición o lugar ocupado por los agentes en la estratificación social y en el proceso de producción. Hay que indagar, por el contrario, para captar la realidad de las clases sociales en las herencias culturales y mentales, en la propia experiencia vivida por los agentes y reconstituible desde fuera, en el entramado fluido y activo de las relaciones sociales, de la dominación, de la explotación y de la distancia cultural. Pero, dicho sea para matizar, para Thompson son más importantes las actitudes y creencias, en un sentido casi orteguiano, las mentes y las ideas realizables que las instituciones: tanto en su comprensión de la historia cuanto en su estrategia política.

Muy bien, podríamos objetar, pero ésta su inclinación historicista, culturalista, populista, subjetivista o voluntarista —según las adjetivaciones con las que sus críticos le han identificado— también se inscribe en una tradición marxista, con antecedentes tales como Gramsci, y no resulta ni mucho menos inmune a la crítica¹¹. ¿Por qué entonces la presencia de algunos hechos antes inaccesibles y de un estilo vivo y sugestivo, pero también carente, en ciertas ocasiones, de sereno autocontrol, han dejado una fértil impronta y no se han borrado ni enfriado con la inevitable fuga de

la novedad? Por un hallazgo nada parecedero: porque, al haber anclado más hondo la raíz de la perspectiva histórica, ha recuperado la dimensión social y estructural de la política; ha introducido los valores en la dinámica histórica y en la acción política.

En efecto, la anterior historia política positivista se hallaba desencarnada de la esfera de la producción y del cuerpo social, y la historia económica y social se hallaba anegada en un naturalismo ciego para con los fines y las alternativas, para con las pasiones que el tiempo sepulta y que sólo en el tiempo pueden germinar. Por eso no se puede interpretar groseramente la propuesta thompsoniana como se hizo entre nosotros, como “la que pretende devolver su papel fundamental a la concepción de la historia como resultado de la lucha de clases”¹². El insobornable y resuelto radicalismo marxista de Thompson estaba dando como resultado, precisamente, la superación de algunos aspectos caducos del marxismo, de su economicismo y de su darwinismo bastante insensible al tejido cultural y a la responsabilidad individual. El concepto de lucha de clases ha sido tomado por él como mera guía heurística para captar la conflictividad dinámica de todas las relaciones sociales observables, como una de las fuentes de la activación y vivificación de las estructuras objetivas e inertes e incluso como una vía de la crítica de las ideologías y de los valores, pero de ninguna manera como el “motor de la historia” o el principal agente del cambio¹³.

En el orden de la ontología social, Thompson pasa de la ridiculización de la “metáfora” mecanicista “base-superestructura”, deshaciendo la dualidad asimétrica entre el “ser social” y la “conciencia”, al reconocimiento de la realidad sustantiva del “modo simbólico”, “ideológico” y de las relaciones de parentesco, junto al “modo de producción económico”. Esto es, ha sustituido el economicismo por un sistemismo pluralista. Y frente a Althusser, Smelser, Parsons, Dahrendorf, etc., ha opuesto a Radcliffe-Brown y a sí mismo, para insistir en el papel de las normas, los valores, las creencias y deseos en la determinación de las acciones y de las conductas, en el ser social e histórico del hombre. Y ante todo se ha esforzado en aclarar, contra el estructuralismo y el funcionalismo, que los procesos socio-históricos no carecen de “sujeto”. Y lo ha realizado no con una simple y metafísica declaración acerca de si el mundo histórico tiene o no “sentido”, o cual sea el “sujeto” esencial capaz de crearlo, sino de manera mucho más empírica y mostrativa, reconociendo la pluralidad conflictiva de las intencio-

nes y de los proyectos, y apostando arriesgadamente por algunos de ellos, pero "contando con la gente".

Los citados ensayos revelaron también en su autor una importante faceta de temible polemista, más veloz quizás en la reprensión que en la debida alabanza.

De manera muy sobresaliente se las tomó con Althusser, cuyo estructuralismo marxista resultó descalificado por idealista y teorista y cuya posición política de complicidad con el estalinismo, la tecnocracia y hasta con el mismísimo clima de la Guerra Fría, pues todo ello tenía de denominador común una cierta pérdida de la dinamicidad histórica, una "congelación" de los procesos sociales, una eliminación del "sujeto" en el "proceso" histórico, según la propia terminología althusseriana.

Diríase que se abría paso con tesón, a "empujones y codazos", como un plebeyo más del Siglo XVIII tan bien retratado por él, creando con su belicosa revuelta espacio libre y razones nuevas para el futuro pacifismo, empujado, por así decirlo, por un entusiasmo cargado en un pesimismo crítico.... Así de irregulares son los procesos orgánico-históricos: después de Kuhn sabemos que no se pasa de un marco teórico y vital a otro por la línea recta y continua de la deducción lógica. Sus exageraciones conceptuales y sus fobias llevaban el sello de la época y su atención por ella y ha hecho siempre -con un plebeyo señorío- caso omiso del consejo de Gracián, no respetando las reglas del "arte en el apasionarse", quizás porque nunca se ha considerado entre los clérigos, bienhallados y poderosos, a quienes el *Oráculo Manual* iba dirigido.

Por todo ello, ha sido uno de los últimos marxistas que, escapando a la pendulante simplificación entre los defensores del economicismo "objetivista" y los proclives a la lucha de clases "subjetivista", ha superado creativamente este legado, una vez asimilado y no orillándolo.

Tampoco su antiteoricismo -antialthusseriano, diríamos- le ha entregado al empirismo nominalista, individualista y convencionalista de Popper, ya que un conocimiento factual de la historia exige una reproducción conceptual de los procesos sociales, regulares, aunque no deterministas.

Su historicismo empirista se aleja de los modelos apriorísticos y absorbe esponjosamente el color de la piel y el temple del alma de los individuos y los grupos del drama histórico, recreando su visión del mundo y reconstruyendo los mó-

viles de su conducta. Pero no se pierde en el verdeante mar de las descripciones fenomenológicas, en la mera comprensión hermenéutica de la conciencia cotidiana y de las conductas.

Sus propias aclaraciones epistemológicas resultan a veces imprecisas y analógicas. El conocimiento histórico, la experiencia histórica, nos dice, se constituye como un "diálogo" abierto entre los conceptos creados por el sujeto y las propiedades reales de los objetos, de manera parecida a la experiencia social, también generada por un diálogo o relación simétrica entre el "ser social" y la "conducta social", en el proceso de constitución de las clases sociales.

Su inspiración última parece ser aquí esa vieja idea, revalorizada metodológicamente con posterioridad, de la comprensión hermenéutica, presente en Marx, y rastreada por Thompson también en Vico, pero igualmente presente en Schelling, para aludir a una tradición de la que sólo se cita tardíamente a W. Benjamin, a propósito de la contaminación de la clase obrera alemana por la "ilusiones" evolucionistas del progreso histórico-tecnológico¹⁴. Al ser humano le es dado entender su propia historia, porque él mismo ha contribuido a producirla; y viceversa, la humanidad no puede conocer su propia historia, sino de manera práctica, realizándola.

Ahora bien, hay siempre que poner en su justa relación el peso de las estructuras y la incidencia de la acción. Para decirlo de nuevo con sus palabras: "Lo cierto es que los historiadores se ocupan de acontecimientos estructurados en períodos largos -procesos económicos, sociales, políticos- que continuamente defraudan o contradicen las expectativas de los propios actores históricos básicos. La historia nunca se produce tal y como los actores plantean o esperan. La historia es el registro de consecuencias no intencionales"¹⁵.

En esta desviación estructural de las intenciones ya había ubicado Popper¹⁶ la especificidad de la realidad sociológica, aunque reduciendo el conocimiento histórico a una mera interpretación convencional de fragmentos de la realidad social. Y sin incurrir, por ello, en las posibles equivocidades epistemológicas -el empirismo en la noción de experiencia y el pragmatismo en la noción de significado- que las "aclaraciones" de Thompson pueden llevar consigo. Pero, no obstante, en el "giro" ético-cultural de la crítica al capitalismo de Thompson hay una cierta creación y no la nueva aplicación o recomposición ecléctica de cosas ya familiares en el siglo XX. ¿Por qué?: porque Thompson ha sabido conjuntar químicamente la investigación empírica con la re-

flexión teórica, la interpretación histórica con sus convicciones y su sentido de la realidad; o, al menos, lo ha intentado con un cierto garbo.

Popper y Althusser han contado con una epistemología más elaborada, pero referida a la Historia era de postín, porque la suerte de su sentido histórico ya estaba decidida; mientras que Thompson, más impetuoso y menos medurado, sabía lo que se traía entre manos, y su heterodoxia marxista constituía un mero instrumento para el alumbramiento conceptual de una nueva política.

El altruismo y la ira, o la argumentación histórica del pacifismo

Veinte años después de publicada su obra sobre William Morris, hace una edición revisada de la misma y escribe un nuevo artículo¹⁷, valorando las aportaciones de otros autores, y reconsiderando de nuevo el caso, no ya como "historiador, sino como socialista". Junto a sus artículos políticos se hace aquí un balance de las seguridades hasta entonces reconquistadas, que podrían resumir así: existen argumentos para una nueva forma de socialismo.

Incisivamente advierte que la "vulgaridad" de su propia polémica rimaba con las "vulgaridades" que todo lo invadían de la "ortodoxia antimarxista" o, en rigor, del reflejo británico del maccarthismo. Por lo demás, se reafirma en que no hay una ortodoxia socialista, sino sólo una posible cerrazón dogmática del marxismo, que al no incorporar otras experiencias, como la crítica romántica del utilitarismo liberal y de las "ilusiones" del evolucionismo naturalista y del estructuralismo, expulsa, de una manera científica, los valores éticos y estéticos necesarios para la superación del capitalismo. Pues no basta con suprimir la propiedad privada, sino que la consecución de una sociedad igualitaria exija a la par la creación de nuevos valores comunales, superadores del egoísmo ilustrado liberal, explorados por la imaginación estética, la ruptura con el sentido común burgués y la regeneración del lenguaje degradado, entre otras cosas.

Pero una tal "educación de los deseos" y una reorientación política de la sensibilidad discon-

forme requiere la captación teórica y práctica de la perspectiva y de la dinámica históricas. El caso histórico de William Morris, quien supo "transformar", con "continuidad" y "ruptura", a la vez, el descontento romántico en crítica socialista, ejemplifica la tarea política pendiente de tender un puente entre la sensibilidad herida por la fealdad y la bajeza de las formas modernas de vida y los conceptos referidos a una nueva realidad, entre la utopía y la estrategia.

Según hemos visto hasta ahora, Thompson, ha contemplado la historia a través, fundamentalmente, de la relación entre la clase obrera consciente y la totalidad social. Ha reparado, empero, en la realidad del individuo, en sus necesidades y en sus deseos y en su capacidad de acción, canalizada a través de las relaciones sociales y las instituciones y, sobre todo, a través de las ideas y de los valores de lenta gestación en el tiempo y relativamente autonomizados del mundo de la producción. Pero parece sentir todavía una cierta perplejidad ante la inercia de los procesos colectivos de la historia, de la que no da cuenta la economía política, ni siquiera después de ser corregida culturalmente.

El reformismo de la clase obrera inglesa, el nacionalismo, el racismo, el estalinismo y el nazismo, el machismo..., y sobre todo la guerra, el peligro nuclear de "exterminio", deberían ser reconsiderados en sus determinaciones específicas, sin reduccionismos. Quizás entonces el socialismo, o mejor, el proceso que nos puede acercar a él, debería también ser reconsiderado y sometido a la sapiente ley histórica de la paciencia.

He aquí que mientras comenzaba a concluir que todo debía ser sometido a reconsideración, a finales de 1979 se dejó "capturar" por la más apremiante de las consideraciones: la urgente necesidad de revertir la lógica histórica de la guerra nuclear en una lógica conducente a la paz. El conjunto de su saber histórico-político se sometía ahora a su gran prueba. La crítica socialista al capitalismo, de inspiración marxista y no marxista, requería extender en primer término un movimiento pacifista y neutral, europeo y mundial, que lograra detener la carrera de armamentos.

A partir de 1980 comienza a desenmascarar la miseria intelectual y moral de la "teoría" de la disuación en su versión más común e influyente¹⁸, descendiendo al subterráneo social generativo del "mito" devorador, de esta peligrosa pérdida del sentido de la realidad histórica. Todo ataque puede ser seguido de un contraataque, a no ser que el primero haya sido tan fulminante que incluso haya puesto en peligro su propia existencia, in-

cluso utilizando sólo armas nucleares tácticas de alcance limitado, pero destructuras de los delicados equilibrios ecobiológicos. Este “balance del terror” –idea y hecho–, esta seudolegitimación del enfrentamiento armado congelado sólo podía haber sido engendrado a partir de la “estructura profunda de la Guerra Fría” y sólo contrarrestando esta “lógica” podía ser desarticulado, antes de que un accidente o un “súbito arrebato” pueda provocar, por acumulación mecánica, de manera irracional y no controlada del todo, la detonación fatal¹⁹.

Como anteriormente sus hipérboles, y ahora su alarma sobre el “exterminio”, lograron abrirse paso, recogiendo un estado de sensaciones, ideas y de estudios ya elaborados, para enunciar con claridad y desparpajo algunas ideas nuevas y oportunas, para tensar con entusiasmo una indignación moral, relajada ya por cierto humor realista.

De su reinterpretación socio-histórica de la Guerra Fría se derivan principalmente, dos consideraciones:

a) que pese a su indudable anclaje estructural, la causa decisiva del peligro de guerra nuclear mundial no derivaba del capitalismo ni de una *lucha de clases internacional*, sino del *recelo* y temor mutuo y recíproco entre los dos bloques o “bandos” principales, que, una vez disparado, se autorreproduce, y es aprovechado para “disciplinar” y controlar la contestación interna;

b) que aunque correspondiese decidir, en un sentido o en otro, a los gobiernos de las naciones poderosas, la iniciativa por la paz debía partir desde los anchos márgenes de la sociedad, desde la “ira” y el realismo de las masas necesitadas contrarias al despilfarro armamentista.

Estas dos consideraciones tienen sus propias referencias inmediatas y pudiera ser que su verdad semántica fuera independiente, pero responden también a una común apreciación y son, para Thompson, interdependientes.

a) Que ni el capitalismo ni el juego impersonal del mercado es la causa principal de la guerra, ni de su preparación –pese a los innegables “impulsos predatorios” de la industria militar occidental y norteamericana, en especial, y pese a su condicionamiento incuestionable en la política de defensa de la OTAN y de USA– queda claro al constatar las guerras provocadas por los llamados países socialistas, para no recordar las guerras precapitalistas. El contraejemplo sociológico tampoco carece de valor; aunque el grueso del movimiento obrero anticapitalista haya sido an-

timilitarista y haya intentado transformar en lucha por la justicia el instinto anticlasista, también ha apoyado las guerras de sus “respectivas burguesías nacionales”, traicionando su “internacionalismo” de clase e ideológico.

Más tarde, y como explicación específica de la Guerra de las Galaxias dentro de la carrera de armamentos, ha caracterizado su fuerza motriz como la rapacidad del complejo “militar-industrial-académico”²⁰, como una sintonía ideológica de las clases dirigentes con el populismo votante de Reagan.

b) Que los poderes políticos de las dos superpotencias se hallen presos de la misma lógica potencialmente agresora no es sino otra forma de describir su tenaz carrera armamentista. Aunque las diferencias también existan; en la mecánica política e ideológica de su imposición represora interior, en la retórica y deformación de la información y en el distinto papel que juegan sus gastos de defensa junto a los demás “fines” públicos.

Pero, ciertamente, una vez generado el hecho, la génesis causal pasa a un segundo plano; y tanto en el Este como en el Oeste se han “deformado” el proceso político, la cultura y el sentido de la realidad, proyectándose sobre el Otro, externo y lejano, la amenaza principal contra sus vidas. Con ello se ha militarizado la economía, la política y la cultura: en USA, desde el complejo tecnológico-militar, relativamente autonomizado, y en la URSS, porque ya desde sus orígenes ha sido en cierto modo una economía de guerra y de forzada industrialización, burocráticamente dirigida.

He aquí la base estructural de una tendencia destructiva, en su objetivo final y en sus efectos civilizatorios actuales, reactivada por las “decisiones burocráticas” de ambos bloques, aunque no exclusivamente para ellos, que hay que contrarrestar activamente.

Perspectiva y horizonte

Al analizar la formación histórica del presente, en algunos de sus rasgos, no sólo se cobra una perspectiva hacia el pasado, sino que se gana un horizonte de expectativas hacia el futuro. Pero, ¿cuál es el grado de verdad de este análisis?

Todo análisis causal es selectivo y, por tanto, matizable. Si es verdadero, sólo tiene un deter-

minado grado de verdad. También tiene consecuencias pragmáticas, igualmente sopesables, sobre todo con el pasar del tiempo. Su corrección no resulta, empero, probada inmediatamente por su éxito social, en la opinión pública, primero, y, a la larga, en los gobiernos. Pero difícilmente puede existir progreso social y solución real de los problemas sociales de espaldas a las diversas teorías sociales. En España la teoría pacifista de Thompson, con sus implicaciones neutralistas, llegó a la opinión pública durante la campaña del Referéndum sobre la OTAN (marzo de 1986). Políticamente quedó marginada como proyecto "utópico", que dificultaría el proceso de reubicación de España en la vida internacional, al que se contrapuso el más "realista" de buscar la paz corrigiendo desde dentro la dinámica de bloques sus indiscutibles tendencias agresivas, aunque se consideren, en alguna proporción, defensa legítima. En diciembre de 1987 se firmó el primer tratado de desarme nuclear por parte de los dos Estados más poderosos, por iniciativa del que antes tenía la "agresividad del que se defiende" y contra el carácter "provocador" del prepotente, de ese que los propios norteamericanos todavía vitorean como el "restaurador de nuestro orgullo".

¿Descalifican estos hechos, desde el punto de vista de la "estrategia", el "pacifismo nuclear", "globalista" de Thompson? ¿Ponen en aprietos su concepción histórica?

En julio de 1987, cuando ya el acuerdo sobre la opción doble cero se vislumbraba posible²¹, Thompson manifestó una cierta cauta y satisfecha perplejidad e incluso una humildad —ante una transición por venir "de tal magnitud que no puede contenerse en un solo programa ni puede organizarse según doctrinas correctas"—. Constató, sin celos por el protagonismo, que sus extremistas argumentos sobre desarme de hacía siete años no estaban ya del todo ausentes de la mesa de negociación. Pero que la completa recuperación del sentido de la realidad que debiera sustituir la bipolaridad militar por una "diplomacia plural y policéntrica" se hallaba aún muy lejos.

Las cosas indudablemente están cambiando, alejándose un poco del escorzo fotográfico inicial de Thompson. Las disputas internas de las clases dirigentes se han resuelto creando una mayor unidad interna y una mayor sensatez. Siguen todavía más influidas por las necesidades apremiantes que por una percepción clara y sana de la situación que a todos embarga, pero hablan entre sí y quien habla puede incorporar en sus palabras,

si se quiere hacer entender, una dosis cada vez mayor de realidad. Eso no obsta para que la vigilancia popular deba relajarse demasiado, después de todo la participación de los ciudadanos —de un ciudadano universal, no siervo de lealtades locales militarizadas— en el destino de sus vidas constituye la única garantía contra la vida del destino.

La evolución histórica ha tenido en el pasado y tiene cada vez más un importante componente cultural y moral. La nueva historia social así lo recoge. La cultura crítica cobra distancia del poder y de la riqueza, no se deja atrapar por la intriga política ni por la dedicación a los negocios, sino que recoge el sentir y las solicitudes anónimas del entero cuerpo social, comenzando por las clases desposeídas, sin que por ello deba circunscribirse a su sentido clasista de la realidad, esquilmo por los poderosos y por ello mismo fácil de colonizar. Sociológicamente crece tanto en los alledaños del poder cuanto en la marginación, y presupone alguna riqueza, traída a los afanes de reproducirla y metamorfoseada en tiempo libre creador. Quizás Thompson no haya dado cuenta, con imparcialidad, de la dialéctica de la cultura superior, no necesariamente congelada en una élite cerrada e insensible a los requerimientos de la época —como testimonia su propia obra—, y la cultura popular de las clases bajas; ni tampoco de la conjunción del juego institucional y el juego de las ideas. Y sin esta dialéctica no pueden universalizarse y aplicarse socialmente los fines de los proyectos sociales alternativos. Pero cuando éstos se hallan enterrados, y la época no parece creer en sí misma, pasa a primer plano la eficacia del testimonio veraz. Porque en el fondo la crítica y recuperación del presente constituye una tarea práctico-vital, y no sólo analítica.

NOTAS

¹ MANUEL SACRISTÁN: "Sobre los problemas presentemente percibidos en la relación entre la sociedad y la naturaleza y sus consecuencias en la filosofía de las ciencias sociales. Un esquema de discusión" (1981). En *Papeles de Filosofía*, Icaria ed., Barcelona, 1984.

² PERRY ANDERSON: *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1985. (Un comentario crítico y detallado, quizás demasiado detallado, de la obra de Thompson hasta 1979).

³ La cita procede de *La Guerra de las Galaxias*, prólogo de R. GRASA, Ed. Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1986 (pero la idea aparece explícita e implícitamente de manera constante en su obra).

⁴ G. RUDE: *Revolución popular y conciencia de clase*, ed. Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1981, pp. 45-6, 197 y sgts.

⁵ KEN COATES: "The Peace Movement and Socialism", en *New Left Review*, n.º 145, 1984 pp. 88-121 (Se profundiza en el problema de la Guerra con especial referencia a la posición de E. Mandel sobre el "im-

perialismo"). Thompson sabe muy bien, sin embargo, que su específica experiencia generacional, superadora con el principio del fin de la guerra fría de la confrontación nacida en los años veinte-treinta, supera el ámbito de la tradición marxista, incluida la crítica troskista tan presente en Inglaterra. Ha ganado una perspectiva nueva que le sitúa críticamente fuera del capitalismo y del stalinismo, conciliando los valores de la paz, la libertad, la democracia y la igualdad; un europeísmo auténtico, no eurocéntrico y una revalorización ilustrada y racional de la cultura popular, no opuesta "como un todo" a la cultura "burguesa".

⁶ E. P. THOMPSON: *William Morris: Romantic to revolutionary*, Pantheon, New York, 2ª ed. 1976.

⁷ *La formación histórica de la clase obrera*, Laia, Barcelona, 1977.

⁸ E. P. THOMPSON: *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la sociedad preindustrial*, ed. Crítica-Grijalbo, 1979 (una buena antología de sus artículos acerca de la sociedad preindustrial y la "modernización" cultural).

⁹ *Miseria de la Teoría*, ed. Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1981, p. 275.

¹⁰ Thompson comenzó influyendo en la historiografía marxista norteamericana (E. Genovese). Su modelo e inspiración se ha mostrado fértil por doquier, en el Sudeste de Asia (J.C. Scott, 1971) y en el Sur de Portugal: M. Vester ("Die portugiesische Agrarreform als sozialer Prozess", julio, 1985 (mecanografiado). Y está aguardando ser aplicado para comprender mejor el movimiento jornalero y obrero andaluz y su cultura popular marginada, todavía viva en alguna proporción y demasiado separada todavía de la cultura académica, clasista, localista e insensible a los valores espirituales de las clases bajas.

¹¹ E. M. WOOD: "El concepto de clase en Thompson", *Zona Abierta*, 1982. AAVV: "Hacia una historia socialista", con un estudio introductorio a los artículos, aparecidos en *History Workshop Journal*, 6, 7 y 8, de R. ARACIL y M. GARCÍA BONAFE, ed. Serbal, Barcelona, 1983. El propio Thompson ha respondido a algunas de las críticas: "La política de la teoría", en R. SAMUEL, ed.: *Historia popular, Teoría socialista*, Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1984, pp. 301-317 (rechaza aquí la

calificación de "culturalismo" y se muestra atento a la sugerencia de que Habermas ya ha tratado el papel de los valores en el conocimiento histórico, en el historiador y en el proceso histórico, no reducible a proceso natural, como ya había sostenido en *The Poverty of Theory*, esp. p. 137 y sgts. *obra cit.* posteriormente).

¹² El desafortunado comentario apreció en la contraportada de *Tradición, revuelta y...* anteriormente citada; a pesar de que a esta editorial, y a J. Fontana en particular, le cabe el mérito de su pronta acogida en España.

¹³ *Miseria de la teoría, op. cit.*: en el cap. XII se redefine la lucha de clases como un concepto "regulativo" -para decirlo kantianamente- acerca del proceso histórico dinámico, pero no como "motor" determinante de la historia.

¹⁴ *The Poverty of Theory and Other Essays*, Merlin Press, Londres, 1980 (3ª imp.), p. 263. En otro pasaje alude a la Escuela de Frankfurt y cita a Marcuse, en relación a Althusser, para disentir del énfasis puesto en la dominación ideológica de la masa del pueblo (p. 377, 397). Una referencia a la escasa familiaridad de HUSSERL con la historia empírica le viene requerida por su polémica amistosa con KOLAKOSWSKY (p. 138).

¹⁵ *Opción Cero*, Ed. Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1983, p. 209.

¹⁶ K. R. POPPER: *The Open Society and its Enemies*, vol. 2, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1977, cap. XIV, p.93.

¹⁷ "Romanticism, Moralism and Utopianism: the Case of William Morris", *New Left Review*, 99, 1976, pp. 83-111.

¹⁸ Una clara exposición de la teoría de la disuación en J. Ferrater Mora: "Sobre la guerra nuclear", *El País*, 26-2-1985.

¹⁹ "Protesta y sobrevive", en *Mientras Tanto*, 5, 6, Barcelona, 1980, 1981. "Notes on Exterminism, the Last Stage of Civilization", *New Left Review*, 121, 1980, pp. 3-31 (incluido en "Opción Cero", *op. cit.*).

²⁰ E. P. THOMPSON y B. THOMPSON: *La Guerra de las Galaxias*, prólogo de R. GRASA, ed. Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1986. (cap. 1 y 3).

²¹ "El año en que el mundo pasó a través del espejo", *En Pie de Paz*, septiembre-octubre, 1987.

